

Estos relatos hablan de una guerrilla insurgente. De rebeldes alzados en la palabra, contra los miedos y la dictadura de una mujer. Este ejército tiene por comandantes, a las emociones del autor, en conflicto contra el pragmatismo. Es una insurgencia del siglo 21, interconectada, electrónica y al filo de la ficción. Hay un romanticismo armado de pasión, de ironía, que esconde una historia de amor y las ilusiones rotas a causa de una doña lejana y clandestina. Como toda guerrilla, tiene un líder militar, poeta frustrado y melancólico empedernido. No quiere ser candidato ni diputado, su política es un cuerpo femenino. Hay también mucha natura y aire libre, el teatro preferido de toda insurgencia rural, y esta es una rebeldía rural, contra el concreto de las grandes urbes, aburridas y tristes.

Es entonces la palabra hecha relato, rebeldía desafiante. Cualquier parecido con la realidad es consecuencia de la perenne lectura de quien escribe.

¡Vivan los rebeldes insurgentes!
El autor.

I

(...)

¡No me gusta la remolacha!...

Piensa el “Emilio” luego de un modesto almuerzo y es que la Comandante Margarita, la más tenaz de todas, a pesar de llevar años en la insurgencia, insiste en hacerle comer esas cosas que el humilde paladar del sup simplemente detestan... anyway, a pesar de la insoportable hortaliza (¡guácala!), es la comandante Margarita la que lo ha alimentado todos estos años y, una mujer a la que quiere profundamente... ¡la más valiente de todas!.

La tarde transcurre lenta y las nubes esponjosas, grises, se juntan delicadamente en lo alto del cerro. Se intuye la presencia tímida del sol y el viento resopla fuerte hasta hacer volar los papeles que, descuidados, están sobre la pequeña mesita de la comandancia general. El líder de la resistencia se debate entre, escribir un par de ideas nuevas que saltan en su mente ó, atender las operaciones rutinarias de un día como cualquiera en esta hostil selva...

Suspiro(...), se oye el chasquido de los fósforos y el humo de tabaco se funde con la tenue luz que invade por la pequeña ventanita. El “milito” piensa: “este silencio es ensordecedor...”. Hay una melancolía impregnada en el ambiente y el sup Emilio no se atreve a encender el viejo radio por temor a que alguna tonada (al estilo “Amorcito Corazón” de don Pedro Infante) le rasgue su sentir. De pronto y en medio de la nube de humo, irrumpe en la modesta cabaña general, la Capitana Gómez:

Saludo insurgente respectivo.

-Buenas tardes mi sup.

-Buenas tardes Gómez... ¿cómo te va la tarde?

-Pues más o menos,... ¡ay mi sup! a decir verdad un tanto amargada...

El insurgente deja de mirar el viejo pc, en el que fingía escribir y con la mirada interrogadora pregunta:

-¿Amargada?...que raro ¿y eso?.

-Es que no sé si sea bueno para ti sup.

-Capitana, tú como que andas en algo raro, ¿qué te traes?...¿cuál es el motivo de tu amargura?

Gómez, comandante del protocolo insurgente, no podía ocultar su “malestar” y con desdén y mueca incluida disparó:

-es esa mujercita, esa bicha.

-¿cómo?-preguntó el sup sorprendido-

-¿de qué hablas Gómez? ¿cuál mujer?

-Una que quiere verlo y lo está esperando afuera... don solicitado.-replicó-

Entonces el “Emilio” hizo un movimiento rápido y echó una mirada de refilón por la puerta entreabierta de la comandancia, pudo ver una silueta femenina, diferente por demás a las que habitualmente se pasean en el campamento rebelde, pero por la distancia en metros no atinó a descubrir de quién estaba hablando la Capitana Gómez.

-¿Una mujer?.. ¿Y quién es?-dijo el insurgente-

Con desprecio Gómez respondió:

-No sé, no le entendí muy bien cuando la trajeron los muchachos. No es de por acá, habla con acento extraño, parece como italiana,... supongo... por el apellido, Bellucci... Mónica Bellucci dijo que era su nombre. Habla muy mal el español.-Gruñó-

-¿Así?...y sino sabes quién es Capitana, ¿por qué la llamaste bicha?

Capturada un tanto en su emoción, Gómez desvió la mirada hacia la derecha y apretó su pistola al cinto.

-Bueno mi sup, porque parece una de esas “mujercitas” que nosotras las insurgentas no solemos tolerar, es de esas que embrujan a los hombres... que los enferman...

-De esas hay muy pocas hoy día capitana... muy pocas –y la melancolía se hizo humo-

-Bien, a pesar de tu amargura y de vuestra creencia querida Capitana, tendremos que ver qué es lo que quiere la Bellucci en esta lejanía...

-Será –respondió Gómez un tanto picada, según el argot popular-.

-Dile que me espere un momento y haz traer un par de sillas al patio, nos sentaremos debajo del mango... eh! eh! Y sin muequitas por favor... -le dijo sonriendo pícaramente y guiñando el ojo derecho-.

La Capitana dio media vuelta, tomó su fusil de cariño y se retiró hacia el patio.

-Mónica Bellucci, ¿acá en la insurgencia?... lo que me faltaba, una actriz de cine rebelde o que se yo... será mejor despacharla rápido, una mirada a su bello rostro y luego adiós, no tengo tiempo, ni ganas de lidiar con italianas, así me mate tanto ese idioma y ese garbo –pensaba el subcomandante mientras enfundaba su pistola y acomodaba la vieja gorra de tela en la cabeza.

(...)

II

La tarde perdía lentamente su luz y algunos pájaros revoloteaban de un lado a otro, había la sensación de que en cualquier momento el cielo se reventaría en lluvia, mojando los cuerpos y sentimientos insurgentes.

Un miliciano cumplió las órdenes de la capitana Gómez y colocó tímidamente, dos sillas de madera junto al árbol de los consejos de la comandancia general, luego se retiró a su puesto de vigilancia. La extranjera no estaba sola, con ella otra mujer y un muchacho, de la zona, pero no era insurgente. La diva, no quiso sentarse hasta que no apareciera el sup. Vestía ropa de “campana” color beige, pantalón ancho con varios bolsillos, franela marrón un tanto ajustada y una especie de casaca, abotonada solo dos veces y con las mangas recogidas por encima de los codos. Parecía como sacada de una revista de “Nautica”. Su cabello estaba recogido a modo de cola, la cual salía por debajo de la gorrita negra, de visera corta y estilo regio. Su rostro estaba un tanto bronceado y mostraba cierto sudor, típico en personas que no suelen andar por latitudes tan tropicales. No había maquillaje ni prendas, solo un modesto reloj digital.

Entonces el insurgente Emilio, (tarareando “L’ombelico del mondo” del buen amigo Giovanotti) salió de la comandancia general, caminó unos pasos y encontró de frente a la Bellucci, saludándola en cada cachete como cual europeo refinado...

-Buonasera signora Bellucci.-y rápidamente acuñó- Non parlo molto bene italiano, perdono.

En el rostro de la Bellucci se encendió una sonrisa, de esas que se burlan un poco pero que se agradan de oír al interlocutor hablando tu idioma... o tratando pues. Ella, gigante en estatura, respondió al saludo muy amablemente sin dejar de mirar a los ojos al líder guerrillero, demostrando quizá cierta admiración....

-Non vi preoccupate “milio”. Non parlo spagnolo neanche buono.
-Pues entonces estamos a mano “signora”. Por favor siéntese, no haga que me avergüence más de mi estatura...

Entonces el sup muy caballerosamente (como pocas veces) arrimó unos centímetros la silla, asistiendo los movimientos de la “signora Bellucci”. Luego dio media vuelta y acercó un poco más el otro asiento, quedando frente a frente con la diva. Ella, cruzó las piernas y se recostó ligeramente hacia atrás, colocando las manos sobre sus muslos inmensos (Ja! ¡El sup no escatima en detalles!).

El rebelde acomodó mejor la pistola que tenía al cinto y ajustó el fusil que le cruzaba la espalda, con la culata apuntando al cielo. Buscó en una pequeña mochila que guindaba de su uniforme y, previo chasquido encendió un habano, cuyo humo dio una atmósfera intrigante a la escena.

-¿y bien mi “signora” qué la trae por estos cielos?-preguntó el insurgente

-Non lo sé bene “subcomandante”- y su acento retumbó con esta palabra. Quizá he venuto cercando il mio lugar.

El rebelde, de brazos cruzados, exhalaba el humo y reflexionaba sobre las cortas palabras de aquella mujer, mirando hacia a la tierra y luego, subiendo lentamente por toda la figura de la “signora” apuntó:

-Es la búsqueda de todos. Puede que nuestra insurgencia sea un excelente lugar para personas como Ud. Pero si me lo permite, personalmente creo que “nuestro lugar” está justamente dentro de nosotros, justo allí donde nos emocionamos ante la vida. En parte por eso nos rebelamos hace un tiempo, por la defensa de nuestras emociones ante la dictadura de los miedos...

La Bellucci se puso un tanto inquieta, sus ojos adquirieron un brillo distinto y ahora sus manos estaban juntas, como en forma de ruego.

-...Y precisamente esos miedos, muchas veces son como una neblina en el bosque, no nos dejan ver el sendero que traemos, no nos permiten ver con claridad, ese “nuestro lugar”, ese “mi lugar” en donde deseo sentirme mejor. Cuando eso pasa, entonces nos detenemos y vemos como se detiene el tiempo y todo la verdad.

Tenía el sup un aire magnánimo.

La “signora” buscó en uno de sus bolsillos y sacó unos cigarrillos larguísimos, sin pensarlo mucho el “milio” tomó sus modestos fósforos y sacó una llamita donde la diva finalmente hizo humo su intranquilidad. Dio una profunda inhalación y mirando lejos dejó salir su aliento con fuerza, su brazo izquierdo apoyaba el derecho por el codo, y en tono solemne dijo:

-Creo tengo molto tempo ricerca il mio lugar. Sono años viviendo di un sitio per altro, rodeada de gente sconosciuta, senza quello Ud. Llama sup, “senza emozione”. Quisiera unire a me su insurrezione per trovare, ese mío sitio e quell’emozione perdida, per sparire tutti i miei timori.

Y la Bellucci miró fijamente al líder insurgente, que un tanto conmovido, solo pudo jugar unos instantes con su habano, como dando tiempo de una respuesta más o menos congruente.

-Debo consultarlo “signora Belluci”, con todos los comandantes del comité, yo soy el líder de esta desobediencia pero debo tomar en cuenta a los demás, hay decisiones que aunque quisiera, muchas veces no dependen de mí. Por lo pronto, puede quedarse esta noche en el campamento y ya mañana le daremos una respuesta final.

-Grazie señor sup- Respondió la diva, con voz más aliviada y aferrada al cigarrillo.

Se miraron unos instantes, fumaron y el cielo se tornaba cada vez más gris. La “signora” no era más que un cuerpo lleno de miedo y ansiedad, y lo reflejaba por doquier. Los árboles se agitaban al viento, la Bellucci se levantó de la silla y el sup la acompañó hasta el centro del patio. Allí la dejó en compañía de la mujer y el joven que llegaron con ella, quienes partieron rumbo a la “civilización” esa misma tarde.

La Capitana Gómez, a regañadientes pero con la mejor de sus atenciones, se hizo cargo de instalar a Doña Mónica en una de las pocas cabañas disponibles dentro del campamento y de que no le faltara nada, a petición de Emilio. El líder insurgente dio un par de instrucciones para que se le asignara una escolta a la “signora”, que velara por su seguridad y que bajo ningún concepto la dejaran salir de los límites bajo control del ejército rebelde.

Luego, y con la montaña de fondo, el sup tomó su caballo y se internó lentamente por el sendero que bajaba la colina de la comandancia general, perdiéndose en medio de la neblina y la selva.

(...)

III

El sup desmontó y se acercó al río. El agua corría con fuerza sobre la piedra rojiza, Jaspe. En lo alto de los árboles, los pájaros jugaban en sus nidos, cantando y agitándose, como dándose cariño. Los rayos del sol traspasaban las hojas, reflejando su brillo en el transcurrir melodioso de una quebrada mágica.

Se desprendió del pequeño morral de excursión. Lo colocó a un lado, junto con el fusil de palabras y el viejo bolsito donde lleva los puros. Había humedad, y agachándose a orillas de la quebrada sintió la fría agua de aquel lugar maravilloso y bebió, aplacando la sed del camino. En medio de aquella soledad, el insurgente lavó su rostro, las manos y respiró profundamente el aire que traía las fragancias de la montaña lejana.

Estaba el sup Emilio estaba desprevenido, viendo lejos al jaspe arropado por el agua, cuando escuchó:

-la melancolía no se quita con el agua de esta quebrada, joven insurgente.

Rápidamente, el excursionista de jaspe se volteó sorprendido y exclamó:

-¡Vieja Oriana!...¡No te sentí llegar!

-Es que andas con la vista nublada pequeño.-dijo la vieja, sentada bajo un frondoso árbol que parecía tener una vista privilegiada sobre aquel oasis.-

-Sí-dijo el sup- Hace un tiempo que no distingo mucho más allá.

-Entonces debes lavar muy bien los ojos del alma joven guerrero, los hombres no pueden andar cegados por sus emociones...

-Suspiró- siempre tan acertada mamá-Oriana.

Entonces el rebelde, se acercó donde la señora y tomó asiento sobre una gran raíz que salía de la tierra, justo debajo y al lado de la vieja consejera. Podían desde sus sillas naturales, ver todo el hermoso cuadro de la quebrada mágica.

Apoyando sus codos sobre las rodillas, juntando las manos y, con aire solemne el insurgente dijo:

-Voy a ir a buscarla vieja.

-Tu rostro habla más que tus palabras, joven idealista- dijo la señora dulcemente.

-Ya he dicho mucho con mis palabras y las respuestas de la doña se han desvanecido con el tiempo, quizá parezca una rendición pero creo que sus miedos y su ego han dejado sin salidas políticas a nuestra insurgencia.

La vieja Oriana, mística de años, miró con ojos sencillos pero profundos al joven rebelde y dijo:

-Déjalo fluir pequeño. La incertidumbre y el mal sabor de hoy pasarán, eres el dueño de tu destino y nadie puede quitarte la pasión que llevas por dentro. Tu amor por la doña lejana fue real, fue auténtico y fuerte como el río aquel que cae del cerro alto. Nuestro señor no deja nada al azar, y tus pasos te llevarán ante el molino de la realidad, ante el castillo de cristal de una tranquilidad alquilada.

El sup oía atentamente.

Tu decisión-dijo Oriana- de ir a encontrarla habla mucho de ti subcomandante, de lo fuerte que son tus emociones, tu ejército de palabras... tus poemas. Al no querer encontrarse pequeño rebelde, la doña parece no decir nada pero dice mucho de sí misma. Nadie puede encontrarse con otro si no se encuentra primero así mismo.

El nudo en la garganta del insurgente, empezó a ceder y para aferrarlo encendió un habano y exhaló una bocanada fuerte.

Permita joven Emilio –continuó la vieja- que lo que tenga que ser sea y que quien deba perder pierda con todas las de la ley. Las guerras vencidas no pueden pelearse dos veces... y más que rendirte subcomandante, debes retirarte, tu y todas tus emociones, para que tus adversarios entiendan que más vale amar sinceramente y perder, que perder día tras día intentando amar.

Hubo un silencio pesado. Hasta los pájaros callaron, y el río, y el viento...

De pronto una nube tapó levemente al sol y una breve sombra recorrió el lugar, el sup parpadeó, jaló por ultima vez el puro y se dispuso a volver a montar. Oriana lo observaba en silencio, sonriendo y recostada del frondoso árbol.

El insurgente dijo:

-Voy a preparar el morral, salgo mañana.

-Tráeme sonrisas-exclamó la vieja.

El caballo se encabritó e hizo que el rebelde se volteara, al volver la mirada, la vieja Oriana había desaparecido.

(...)

IV

(...)

Era medio día. El sol pegaba fuerte sobre el campamento insurgente y las nubes volaban, blancas y ligeras sobre el cielo. De fondo, los pájaros revoloteaban y salían surcando el firmamento en desbandada, dejando al partir el árbol de sus querencias.

Se oía en el viejo radio-cd la ballenata melodía de un Carlos Vives y su "Déjame Entrar", el sup Emilio, arreglaba concienzudamente su morral de viaje. Iba de un lado a otro, recogía unas franelas arrugadas, doblaba pantalones, seleccionaba interiores y poco a poco colocaba todo dentro de su mochila aventurera.

Estaba en eso el insurgente cuando apareció el viejo carpintero del pueblo, el Sr. Albedrío.

- ¿Qué haces muchacho?-le dijo al Emilito-

- Pues acá, armando el morral para una inminente excursión.

- ¡Ah caramba! que emocionante! y ¿pa dónde me llevan al subcomandante?, digo si se puede saber.

- ¡Hombre! pos claro que se puede saber. Voy de excursión al inestable frente Madrid. A ver con mis propios ojos aquella realidad.

El viejo Albedrío, colocó sus herramientas de carpintería a un lado y se sentó, mientras el insurgente seguía armando sus cosas. Encendió un cigarrillo un poco desbaratado y entonces interrogó:

-Mire mi sup y... ¿no fue allá donde perdimos a la doña girasol?

El "milio", detuvo de inmediato lo que estaba haciendo y miró en frío hacia el suelo, y como si estuviera ciego respondió:

- Sí, así es.

- Entonces todo se ha perdido en aquellas tierras, la Milly, la insurgencia, el amor...-dijo el viejo-

- Puede que sí Don Albedrío, que todo ya esté perdido después de todo este silencio y de su ausencia. Pero debo ir y mirar, ver que todo es así. No puedo quedarme con esto por dentro, pensando en que simplemente ella ya no está. Sea lo que sea, regresaré mejor.

El viejo jaló el humo y exhalando dijo:

- Pues muchacho, vaya. Vaya y vea, mire dónde fue que perdimos a la doña.

Don Albedrío tomó sus cosas y se levantó. El sup ya había terminado de armar su equipo de campaña, ajustó las correas, las riendas del caballo y montó. Antes de iniciar el galope, dijo: "¡volveré en 30 días!". Y despegó veloz de sus tierras.

(...)

V

(...)

-Señorita disculpe-dijo el insurgente pasajero-¿Qué película van a pasar durante el vuelo?
-mmm... vamos colocar señor subcomandante, "The girl next door".

El rebelde con cara un poco de... "¡qué carajo dijo!", se rascó la barbilla y replicó:
- Entiendo y, no tiene por allí una clásica, así como de Pedro Infante o Tin Tan o quizá una de estas romanticonas donde sale Meg Ryan?...tienes un e-mail tal vez? ¿ciudad de ángeles?

La aeromoza con cara de..."¿a este tipo que le pasa?"..le contestó:

-No señor sup, lo lamentamos pero no tenemos ni clásicas ni de Meg Ryan.

-Bue... será que vemos la cosa esa de "the nex door"... -y pensó- ¿Saldrá Jim Morrison?... seguro es una de estas peliculitas adolescentes donde la protagonista está buenísima....

Suspiro.

Será.

Al rato otra chica pasa y el sup se le queda viendo, le gustan sus ojos y piensa, "que carita tan linda tiene esta niña".

Se regresa la chica esta, repartiendo cafés en el avión y otras cosas y el insurgente le pregunta:

-Disculpe señorita, ¿conoce Madrid?.

-La chica sonrió y le dijo-un poco señor-

-¡Ah que bien!, dígame, ¿piensa que el Retiro es un bonito lugar para invitar a una muchacha a salir?

La muchacha un tanto sorprendida dijo:

-Sí como no señor sup, es un hermoso parque.

-¿Es Ud. valiente señorita?-dijo el rebelde.

-Sí señor, lo soy.-respondió ella.

-¡Que bueno señorita, hoy día eso se aprecia!

Y suspiró.

(...)

VI

(...)

Era una mañana clara. La rutina del campamento insurgente era solo interrumpida, una que otra vez, por el correteo de los chiquillos que aún no iban a la escuela. Los días habían transcurrido, lentos y dejados, como si no quisieran morir. Como si agosto no quisiera ser septiembre. Había en el aire, como un dolor transparente, gélido.

Un alboroto de voces, se oyó de pronto en la colina donde se ubicaba la comandancia general del ejército rebelde. Un grupo de milicianos, fuertemente armados, traían en custodia a un joven delgado y harapiento, como de 19 años. Con la mirada gastada y el rostro huesudo, su ropa estaba sucia y parecía venir de muy lejos.

Algunos comandantes, que se encontraban en la vieja cabaña, salieron a ver que ocurría. Al frente de ellos, la Capitana Gómez:

-Sargento, ¿qué sucede?, ¿quién es este muchacho?-inquirió Gómez.

-No sabemos mi Capitana, no quiso hablar con nosotros, por más que lo interrogamos se resistió, lo trajimos hasta acá, porque nos pareció importante lo único que repetía.

-¿Qué? ¿Qué decía?

-¡Dijo que traía noticias del sup Emilio!

-¡Por dios!-exclamó la capitana- al tiempo que todos se alarmaban alrededor del acontecimiento.

Entonces la Capitana, colocando su rodilla derecha en tierra preguntó de forma extraña al misterioso muchacho:

-¿y el “encuentro”?-dijo con voz grave.

El joven, mirándola tristemente como en contraseña, respondió: “girasoles muertos capitana”.

-¡Pronto!, Llénenlo dentro de la comandancia.- dijo Gómez con mando y firmeza.

Pasaron unos minutos, el joven identificado como “Julián”, bebió agua y repuso un poco las fuerzas y, sentado frente a la mayoría de los comandantes insurgentes les contó:

El subcomandante Emilio ha muerto.

Yo formaba parte, del grupo de esperanzas con las que él contactó estando en el frente enemigo. Lo ayudé a ocultarse y a organizar la resistencia. Logramos reclutar varias emociones de diferentes orígenes para, paulatinamente comenzar las operaciones de sabotaje al régimen miedoso.

-Todos miraban con espanto, el relato de aquél pobre infeliz-

Pero, terriblemente, cuando llevábamos tres semanas en el terreno, fuimos emboscados por fuerzas paracaidistas y finalmente capturados, cuando ya no pudimos seguir combatiendo.

-Julián, miraba en el vacío, con los ojos llenos de terror, rojizos y aguantando el llanto. Mientras el desasosiego caía pesadamente sobre los mandos insurgentes.-

El silencio nos condujo a los calabozos. Y la falta de claridad nos abatió hasta minimizar lo poco que nos quedaba. El sup se mantuvo siempre firme y optimista. Pero tomaron la decisión y a las pocas horas, la doña lejana, fríamente lo ejecutó. Luego dieron la orden y siguieron con el grupo en el que yo me encontraba, pude salvarme gracias a un milagro quizá, o tal vez por alguna extraña grieta del destino. Me oculté durante varios días entre las ilusiones rotas, hasta que pude salir de la ciudad y llegar hasta acá.

-Un silencio sepulcral invadía la humilde sala de la comandancia, todos los insurgentes, sentían que con la muerte del sup, todo estaba perdido, les habían arrebatado el entusiasmo para luchar. Entonces Julián agregó:

Escribió una nota antes de la ejecución, la que me pidió traer y leer ante Uds. Los rebeldes insurgentes de su ejército de emociones. –Y el Don Albedrío, presente en la pequeña sala dijo:
-Abre paso a la palabra Julián-.

Amigos Insurgentes, rebeldes ante la doña.

En el momento en que escribo estas breves palabras, soy conciente, como siempre lo fui desde que partí del campamento rebelde, en que la muerte me espera segura. Quise obstinadamente perseguir la ilusión alimentada durante tanto tiempo. Sepan ustedes, que a pesar de mi desaparición y del amargo sabor que deja el frente Madrid, a nuestra insurgencia la asiste la sinceridad de sentimientos y nuestra claridad, sólida e inamovible. ¡ Nuestro destino es triunfal!.

Quiero por último, sugerir a la Capitana Gómez, si la comandancia general así lo acepta, como nueva subcomandante, para que dirija la resistencia y defienda nuestra forma de vida insurgente, mucho más divertida y plena que, la que padecen en la dictadura de miedos.

Vale, saludos y que el mañana nos traiga felicidad a todos.

Subcamandante Insurgente Emilio.

Luego de esa lectura, todos los mandos insurgentes se retiraron a sus casas, con sus familias. Recogieron todo, dismantelaron el campamento, borraron los vestigios del pasado y se adentraron profundo en la selva. Perdiéndose entre tepúes y ríos.

Cuentan los árboles y los girasoles, que el viento; como el pensamiento a ratos, trae susurrados los poemas, las canciones... el recuerdo, arrebatados a la inspiración de un melancólico empedernido e idealista.

(...)

FIN

jesús alberto maceira ortega
Agosto 2004.